

ARTÍCULO

LA REVERENCIA A LA CULTURA ESCRITA, 1984 Y FAHRENHEIT 451

Graciela Martínez-Zalce
Investigadora
CISAN-UNAM

INICIO

Me pregunto qué porcentaje de los muchos millones de espectadores que se sentaban con morbo frente al televisor a ver las distintas versiones nacionales del programa de televisión "Big Brother", que se transmitió con gran éxito países con muy diversas culturas y costumbres, tenía alguna remota idea de la referencia a ese Gran Hermano que daba título a la emisión. Es precisamente esa ignorancia, que para muchos autores ha sido favorecida por los medios de comunicación masiva, la que ha preocupado a la literatura en relación con la desaparición de los libros y la lectura, y la pérdida que eso implicaría para la humanidad.

En 1948, George Orwell escribió su última novela, 1984, un texto antiutópico. El mundo futuro, en el que supuestamente los adelantos tecnológicos conllevarían bienestar, la pretendida utopía que el desarrollo implicaría, sólo ha producido un Estado totalitario que, con base en esa alta tecnología, vigila a los ciudadanos para conseguir su meta: crear una comunidad uniforme aniquilando cualquier posibilidad de pensamiento independiente.

El planteamiento del texto es que esto se logrará en la medida en que se pueda manipular el lenguaje, para eliminar del discurso humano la ambigüedad, la plurivocidad y, por tanto, la capacidad de expresar los múltiples matices que hay en la mente humana.

La vigilancia se lleva a cabo por medio de la televisión, aparato interactivo que los ciudadanos no tienen derecho a apagar, y que mira y escucha al espectador mientras transmite imágenes y habla incesantemente.

La intriga del texto se desata con una simple acción del protagonista, Winston Smith, un cuarentón con problemas de vrices y gusto por la ginebra, que trabaja en el Ministerio de la Verdad como un muy peculiar "editor". Smith es una suerte de censor, que modifica la historia; recibe órdenes de algún poder superior invisible para alterar el periódico Times, según convenga al partido: puede tratarse de modificar cantidades de chocolate, para que los ciudadanos crean que, en vez de disminuirles su ración, se las han aumentado; o, peor aún, borrar a una persona del mapa cambiando su foto por la de otro en el periódico para que, cuando desaparezca, según lo que se registró en el pasado, en realidad nunca haya existido.

La simple acción que Winston lleva a cabo es comenzar un diario; así de anticuado: una pluma fuente y un cuaderno (adquiridos en el mercado negro), el registro de ideas y sentimientos. Escribir. Arrastrar la mano sobre el papel. Lo cual estimula su curiosidad y lo lleva también a leer.

¿Por qué ha prohibido el Gran Hermano tanto la escritura como la edición independiente de libros? La adaptación de Michael Radford, filmada en 1984, nos lo deja ver cuando encuadra a Winston, sentado en un rincón, escondiéndose de la pantalla.

(Clips de 1984)

Cuando colocó la mano en el pestillo, Winston recordó que había dejado el diario abierto en la mesa. En esa página se podía leer de lejos el "Abajo el Gran Hermano" repetido en toda ella con letras enormes. Sin embargo, comprendía que incluso en su pavor no había querido dañar el cremoso papel cerrando el libro mientras la tinta siguiera fresca. (Orwell, 2007:25)

Escribir o leer son actos de libertad, de intimidad, de contacto consigo mismo. La rebeldía radica en poner en marcha el pensamiento abstracto, en utilizar el lenguaje no para denominar objetos o acciones pedestres, sino para poner en juego la imaginación, el pensamiento, las múltiples posibilidades de ser.

Parte del lema del partido es “La libertad es la esclavitud, la ignorancia es la fuerza”, y ello se evidencia en un diccionario que cada vez se vuelve más delgado. Su triunfo radica en que la masa no extraña los libros, absorbe en la telepantalla, se deja convencer con la mentirosa contundencia de las imágenes bélicas que ésta reproduce; el no saber, o no querer saber, proviene de que es más fácil ver acriticamente que procesar, utilizando tanto la imaginación como el pensamiento abstracto, tal como lo exige la lectura.

Si bien 1984 hablaba sobre un futuro que nos alcanzó y que sobrepasamos, y lo hace de manera pesimista, convencido de que un estado totalitario puede aniquilar la libertad y, por tanto, eso que nos hace humanos, Fahrenheit 451, que el escritor estadounidense Ray Bradbury publicara en 1953, podría parecerse más fantasioso porque de su universo de ciencia ficción hay elementos que siguen siendo eso, ciencia ficción (como los sabuesos mecánicos), pero me parece más terrible porque hay muchos otros donde podemos reconocer en lo que nos estamos convirtiendo.

En la sociedad que Bradbury describe, por el contrario del de Orwell, el placer es fundamental para la vida cotidiana. Los seres humanos consumen píldoras para despreocuparse y viven en un mundo de consumo. La felicidad se basa en la superficialidad. En las universidades, las humanidades perecieron porque nadie quería inscribirse a ninguna carrera que los obligara a pensar o preocuparse. Las editoriales dejaron de producir libros porque la gente perdió el interés en la lectura. Así, fue la misma sociedad la que hizo fácil para el gobierno prohibir la lectura y eliminar toda la cultura escrita.

Según el epígrafe de la novela, Fahrenheit 451 es “la temperatura a la que el papel de los libros se inflama y arde”. En este mundo, de ignorancia dopada, los bomberos son la fuerza policiaca entrenada para buscar libros y destruirlos. Montag, el protagonista, es un bombero que cae en la tentación de robar un libro y leerlo. La lectura lo cambia y la sed de conocimiento se apropia de él, mientras él se apropia de más libros.

En el relato de Bradbury, la tecnología avasalla a la letra impresa. Las pantallas de televisión, muy similares a las actuales de plasma, son el único adorno en las paredes de las casas y objetos muy preciados. También son interactivas, pero no para vigilar, como en la novela de Orwell, sino para dominar el pensamiento de las personas, para drogarlas de una manera más, con información insulsa, con datos que los hagan creer que saben algo; la programación estúpida elimina de los espectadores la curiosidad propia de la mente humana, y la capacidad de crítica que el análisis del contexto produciría.

¿Por qué prohibir las bibliotecas? Los libros, dice el comandante de los bomberos, expanden la mente de la gente; al ponerla a pensar, la vuelven infeliz, pues la hacen desear lo que no tiene o imaginar lo que no existe.

Curiosamente, tratándose de la transposición a un medio audiovisual de un texto literario que critica la preeminencia de la cultura de la imagen por sobre la del discurso escrito, la versión cinematográfica de la novela, dirigida por Francois Truffaut en 1966, logra comunicar de manera contundente tanto la victoria de los medios masivos sobre el mundo editorial como el horror que significaría la destrucción de los libros y, por tanto, un fragmento importantísimo de lo que nos ha hecho humanos: la literatura, la historia, la filosofía.

El final de 1984 es pesimista. Winston es torturado, se le reeduca; pero el poder no puede matar su memoria por completo y dos lágrimas corren por sus mejillas como un resabio de la conciencia que la escritura y la lectura reafirmaron en su ser. Al clausurar la historia con la comunidad de las personas-libro Bradbury confirma que la voluntad puede salvar no sólo al espíritu humano sino a la cultura bibliófila.

Sin embargo, las similitudes de la sociedad de Fahrenheit con la nuestra, parecen escalofriantes y, por tanto, también muy pesimistas.

Luego, en el siglo XX, acelera la cámara. Los libros, más breves, condensaciones. Resúmenes. Todo se reduce a la anécdota, al final brusco. [...] Los clásicos reducidos a una emisión radiofónica de quince minutos. Después, vueltos a reducir para llenar una lectura de dos minutos. Por fin, convertidos en diez o doce líneas en un diccionario. Claro está, exagero. Los diccionarios únicamente servían para buscar referencias. Pero eran muchos los que sólo sabían de Hamlet [...] lo que había en una condensación de una página. [...] ¿Te das cuenta? Salir de la guardería infantil para ir a la Universidad y regresar a la guardería. [...] Selecciones de selecciones. [...] Luego, en pleno aire, todo desaparece. La mente del hombre gira tan aprisa a impulsos de los editores, explotadores, locutores, que la fuerza centrífuga elimina todo pensamiento innecesario, origen de una pérdida de valioso tiempo. [...] Los años de Universidad se acortan, la disciplina se relaja, la Filosofía, la Historia y el lenguaje se abandonan, el idioma y su pronunciación son gradualmente descuidados. Por último, casi completamente ignorados. La vida es inmediata, [...] el placer lo domina todo después del trabajo. ¿Por qué aprender algo, excepto apretar botones, enchufar conmutadores, encajar tornillos y tuercas? (Bradbury, 1973: 69-70)

Esta sentencia de Bradbury nos recuerda a ciertas personas que creen que la wikipedia es la solución rápida a cualquier problema de investigación. O a otras, que miraban el Big Brother en el canal de las estrellas sin entender ni la vulgarización ni la ironía que subyacía en su formato.

Los libros, como bien lo plantean estos dos autores, nos ofrecen algo que ningún otro vehículo de la cultura posee: el discurso escrito nos impulsa a imaginar. En los libros, además, se guarda la memoria. Creo, con Bradbury y con Orwell que sólo apachurrar botones nos haría perder matices, esos que nos han hecho creadores, esos que nos hacen humanos.

Bibliografía

Benedetti, Paul y Nancy DeHart (1996), *McLuhan on McLuhan, Forward Through the Rearview Mirror*, Canadá, Prentice Hall.

Bradbury, Ray (1973), *Fahrenheit 451*, Barcelona, Rotativa.

McLuhan, Eric y Frank Zingrone (1995), *Essential McLuhan*, Toronto, Anansi.

Orwell, George (2007), 1984, México, Ediciones Leyenda.

Videografía

1984 (1984), dir. Michael Radford, prod. Virgin Films/ Umbrella-Rosenblum Films, guión de Michael Radford basado en la novela homónima de George Orwell, dir. De fotografía Roger Deakins, ed. Tom Priestley, diseño de prod. Allan Cameron, música Eurythmics y Dominic Muldowney, prod. Simon Perry, prod. ejecutivo Marvin J. Rosenblum, con John Hurt, Richard Burton, Suzanna Hamilton, Cyril Cusack. 1 hr. 50 mins. DVD MGM, 2003.

Fahrenheit 451 (1966), dir. Francois Truffaut, prod. Enterprise Vineyard, guión de Francois Truffaut y Jean-Louis Richard basado en la novela homónima de Ray Bradbury, prod. Lewis M. Allen, con Julie Christie, Oskar Werner, Cyril Cusak, Anton Diffring, Jeremy Spenser, Alex Scott. 1 hr. 53 mins. DVD Universal, 2003.